

ESTUDIO BÍBLICO

CARTA A LOS ROMANOS. — N.º 14

POR EL ÉLDER E. J. WAGGONER.

Para terminar el octavo capítulo esta noche, será necesario que dediquemos poco tiempo a cada versículo. Sin embargo, creo que lo mejor será repasar brevemente los versículos que consideramos en nuestro estudio anterior.

«Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó.» (Romanos 8:28-30)

Notarán que los verbos en estos textos están todos en tiempo pasado. Las bendiciones y promesas aquí contenidas son verdaderas continuamente para aquellos que son llamados por Dios, y para todos los que son llamados por Dios. ¿Quiénes son los llamados? «Porque la promesa es para vosotros, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare». Él llama: «Cualquiera que quiera». «El que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente».

Ahora bien, ¿cuál es el propósito de Dios al llamar a todo el mundo —a todo el que quiera venir— a Él? «De reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra.» (Efesios 1:10) Hablando sobre el mismo tema en (2 Timoteo 1:9), el apóstol Pablo dice: «Quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino conforme al propósito suyo y a la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos». Hemos de ser reunidos en Cristo conforme al propósito y la gracia de Dios. Viendo esto, ¿cuál es nuestro deber? «Por tanto, hermanos, procurad con mayor diligencia hacer firme

vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, jamás caeréis.» (2 Pedro 1:10)

Ahora, ¿cómo podemos hacer firme nuestro llamamiento y elección? Todo el mundo es llamado; pero el propósito de Dios está en Cristo; «porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén.» (Romanos 11:36) Todos somos llamados, y todos podemos hacer firme nuestro llamamiento y elección, aceptando a Cristo y permaneciendo en Él; entonces somos llamados conforme al propósito de Dios, porque estamos en Cristo. Entreguemos todo el yo, y todo lo que está conectado con el yo; entonces podemos tener a Cristo, y somos llamados conforme al propósito de Dios.

Si decimos: «Aquí estoy, Señor, tómate», entonces estamos en Cristo; pero ese decir: «aquí estoy, tómate», debe ser *en obra y en verdad*. No son simplemente las palabras, sino que debemos saber lo que significa. Entonces estamos en Él y, por lo tanto, estamos predestinados a ser conformes a la imagen de su Hijo.

«Todas las cosas cooperan para bien a los que aman a Dios.» ¿Cuándo? — Ahora. ¿Cómo es eso? — «Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo». *Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios*. Cuando le decimos al Señor, día tras día: «Aquí está mi corazón, Señor; no he hecho ningún cambio en el don; quiero que tú lo tengas», Él nos atará con cuerdas de amor divino a los cuernos del altar. Entonces somos predestinados con Cristo. Lo que Él tiene, nosotros lo tenemos. Él nos ha dado vida eterna, y Él mismo ha dicho: «Nadie las arrebatará de mi mano.» (Juan 10:28)

Dios tenía un propósito. ¿Puede cambiarse? No, la cosa está *fija*. Aquellos que son llamados, son justificados, en Cristo, por lo tanto, tenemos justificación. Pero aquellos que son justificados, también son glorificados. ¿Podemos creer eso? Si podemos, hemos captado una cantidad *maravillosa* de fuerza. ¿Tenemos la gloria de Cristo? Sí, «La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno.» (Juan 17:22)

Noten, está en tiempo pasado. La gloria que Dios ha dado a Cristo es nuestra hoy. Es cierto que esa gloria aún no aparece, y el mundo no nos conoce, porque no conoció a Cristo. Pero es nuestra, y aparecerá, e incluso ahora aparece en forma de gracia. Interiormente la tenemos, porque dice Pablo: «Para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu.» (Efesios 3:10) Por la misma razón, Jeremías dice: «No nos deseches, por amor de tu nombre; no deshonres el trono de tu gloria.» (Jeremías 14:21)

«Gracia y gloria dará Jehová; no quitará el bien a los que andan en integridad.» Pedro dice que, creyendo, podemos «regocijarnos con gozo inefable y glorioso.» (1 Pedro 1:8)

La gloria es toda nuestra, la tenemos ahora. Pronto, cuando hayamos aceptado esta gracia según las riquezas de su gloria, y Él haya obrado su propósito en nosotros, entonces pasaremos de la gracia a la gloria al mismo nivel.

«¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?» Tomen este versículo y léanlo, y apréndanlo de memoria; y luego recuerden decir: «Ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos.» (Apocalipsis 12:11)

Y recuerden que Cristo dio el ejemplo de derrotar a Satanás con la palabra del testimonio; cada vez que venía la tentación, Él decía: «*Escrito está*». Así que, cuando lleguen las nubes de oscuridad, y la densa oscuridad se agrupe a nuestro alrededor, simplemente digan: «*¡Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?!*» Y Dios está por nosotros, como se demuestra en que dio a Cristo para que muriera por nosotros, y lo levantó de nuevo para nuestra justificación.

Hay paz en el pensamiento de que Dios obra todas las cosas según el consejo de su propia voluntad, y que todas las cosas cooperan para bien a los que aman a Dios, a los que son llamados según su propósito. Entonces no importa lo que venga contra nosotros, porque al venir contra nosotros, viene contra el propósito de Dios, y eso es tan seguro y firme como la existencia del Todopoderoso puede hacerlo.

Ahora, ¿quién está contra nosotros? Satanás está contra nosotros. Eso no hace ninguna diferencia si lo está. Satanás ha probado su poder con Cristo, y se ha demostrado que no es nada. «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra», dice Cristo. Entonces, si toda potestad le ha sido dada a Cristo en el cielo y en la tierra, ¿dónde queda alguna para Satanás? No queda ninguna. En un conflicto con Cristo, Satanás no tiene poder; así que si tenemos a Cristo por nosotros, nada puede estar contra nosotros.

Algunos de nosotros hemos estado hablando sobre el poder de Satanás en el pasado; pero no tiene ninguno, no le queda nada. Técnicamente hablando, Satanás está contra nosotros. ¿Quién es él? —«*El príncipe de la potestad del aire*». Él trae pestilencia, trae enfermedad, pone cosas en nuestro camino, y las alinea contra nosotros. Pero las mismas cosas que él alinea contra nosotros para nuestra ruina, Dios las toma y las hace *para nosotros*. Todas son buenas. A menudo cantamos:

Que venga el bien o el mal,
será para mi bien,
seguro de tenerte en todo,
de tener todo en ti.

Pero muy a menudo cantamos cosas que no creemos en absoluto. Ahora bien, no querría que nadie dejara de cantar estas cosas, sino que las creyera más. A menudo ocurre que si se quitaran las palabras de la música y se pusieran en prosa sencilla, no habría nadie en toda una congregación que las creyera o se atreviera a decirlas. Creámoslas no porque estén en el himno, sino porque son verdad bíblica.

Somos como la gente representada por el profeta Ezequiel: «Y tú, hijo de hombre, los hijos de tu pueblo se juntan para hablar de ti junto a las paredes y a las puertas de las casas, y habla el uno al otro, cada uno a su hermano, diciendo: Venid ahora, y oíd qué palabra viene de Jehová.» Eso es —dicen: «*Venid, vamos a la reunión, y escuchemos el sermón*». «Y vienen a ti como viene el pueblo, y se

sientan delante de ti como pueblo mío, y oyen tus palabras, pero no las ponen por obra; antes hacen halagüeñas expresiones con su boca, y el corazón de ellos anda tras sus ganancias. Y he aquí que tú eres a ellos como cantor de amores, hermoso de voz y que canta bien; y oyen tus palabras, pero no las ponen por obra.» (Ezequiel 33:30-32)

Digo que muchas de estas verdades son solo una canción para mucha gente. Las oyen y se interesan por ellas, y luego siguen adelante, pero no las creen ni las practican. Pero el Señor las ha dado para que las creamos y las practiquemos, y serán nuestra fuerza. Así que todo coopera para bien a los que aman a Dios. No siempre podemos ver cómo, o decir cómo; pero Dios lo ha dicho, y sabemos que es así. Hay muchas cosas que no podemos decir por qué las creemos, y a nuestros propios sentidos no parecen ser así; pero el mero hecho de que Dios haya prometido que si las creemos, así serán, las hace así, cuando las aceptamos y las creemos. Nunca podremos saber esto hasta que creamos; pero cuando creemos, entonces sabremos. Así que, si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?

Piensen en ese profeta solitario de Dios, Eliseo. Estaba en Samaria, las montañas lo rodeaban por completo. Toda una hueste de hombres armados había venido a tomarlo. Él estaba solo con su siervo, y ese siervo tenía miedo. Él no pensó en ese momento, ni dijo, que el Rey de Israel debería enviar una tropa de caballería, o alguna infantería para defenderlo. El joven se acercó a él y le dijo: «¡Ah, señor mío! ¿Qué haremos?» Eliseo oró: «Te ruego, oh Jehová, que abras sus ojos.» Y Jehová abrió los ojos del joven, y él miró, y he aquí que el monte estaba lleno de caballos y carros de fuego alrededor.

Toda la montaña y la llanura estaban llenas de carros y caballos, y cualquiera de ellos era más fuerte que toda la hueste del enemigo. Es tan cierto en nuestro caso como en el de Eliseo, que «más son los que están con nosotros que los que están con ellos», y lo único que debemos hacer es abrir los ojos para que podamos ver que esto es así. ¿Qué nos abre los ojos? —La palabra; es lámpara a nuestros pies y lumbrera a nuestro camino, y si la creemos, sabremos que los que están por nosotros son más que los que están contra nosotros.

El que está con nosotros es el Dios vivo de Israel, que tiene poder para convertir la oscuridad en luz, y la debilidad en fuerza; y toda cosa mala que viene contra nosotros, Él la convierte en una bendición para ayudarnos en nuestro camino.

«El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos

«¿Cómo no nos dará también con él todas las cosas libremente?» ¿Por qué nos dará también con Cristo todas las cosas? —Porque todas las cosas están en él. Obsérvese Efesios 1:23: «que es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo».

El que se ha revestido de Cristo es *fortalecido con todo poder*. ¿Por qué? Porque Dios ha puesto a Cristo «muy por encima de todo principado y autoridad, y poder y señorío, y de todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo». Por lo tanto, todo está en Cristo. En él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento. A él se le ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. ¿No ve que, siendo este el caso, es una conclusión inevitable que cuando Dios dio a Cristo por nosotros, y lo entregó libremente por todos nosotros, en él nos da todas las cosas?

«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo» (Efesios 1:3). «Gracia y paz os sean multiplicadas, en el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús. Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia» (2 Pedro 1:2-4).

Cristo tiene todo poder, y nos ha dado todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad. Nótese que se usa el tiempo pasado. Esto ya ha sido hecho por nosotros. Entonces, ¿por qué no las tenemos? Por una sola razón: porque no las tomamos. Hemos estado lamentándonos durante tanto tiempo, diciendo que queremos estas cosas; bueno, podemos tenerlas, nos han sido dadas, y no hay razón por la que no debamos apropiárnoslas.

Supongamos que vengo a usted y le digo que tengo mucha hambre y que me gustaría algo de comer. Muy bien, usted dice, siéntese aquí a la mesa y le traeremos algo. Pronto coloca lo mejor que tiene sobre la mesa y me dice que ahí está, y ahora, coma. Pero yo digo: «¡Oh, tengo tanta hambre, y realmente quiero comida!» Muy bien, tómela y coma. «Pero tengo tanta hambre, y realmente quiero algo de comer, no he comido nada en días». Bueno, tómela. «Sí, pero realmente quiero comida». Usted diría que estoy fuera de mis cabales si actuara de esa manera y no comiera la comida que tan libremente se puso delante de mí.

Una persona me dijo la otra noche: «Si así es como el Señor actúa con estas bendiciones que pertenecen a la vida y a la piedad, ciertamente somos necios al no tomarlas; pero no creo que la ilustración sea justa, porque no podemos ver estas cosas que el Señor tiene para ofrecer, y sí podemos ver la comida». Yo tampoco creo que sea una ilustración justa, porque no cumple con la mitad del propósito.

¿No creyó usted a menudo ver algo que no vio? ¿No le engaña a menudo su vista? A veces cree haber visto algo que no vio, y otras veces vio cosas que, al examinarlas de cerca, no eran como realmente parecían. Pero la palabra de Dios nunca engaña. Por lo tanto, estoy más seguro de las cosas prometidas en la palabra de Dios que si pudiera verlas. *«Por tanto, es por fe, para que sea por gracia, a fin de que la promesa sea firme para toda la descendencia; no solamente para la que es de la ley, sino también para la que es de la fe de Abraham, el cual es padre de todos nosotros»* (Romanos 4:16).

«Porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas» (2 Corintios 4:18). Debemos revisar nuestra lógica un poco en este

asunto. Pensamos que todo lo que podemos ver está bien y es seguro. Por lo tanto, nos apoderamos de una casa o un pedazo de tierra o alguna otra propiedad, y pensamos que tenemos algo, porque poseemos algo que podemos ver. Pero la verdad del asunto es que las únicas cosas de las que podemos depender son las cosas que no podemos ver. Podemos ver la tierra, y podemos ver los cielos, pero van a pasar. «Mas la palabra del Señor permanece para siempre. Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada» (1 Pedro 1:25).

Con el salmista podemos decir: «Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida, y aunque se traspasen los montes al corazón del mar» (Salmos 46:1-3). ¿Podemos decir eso? Hermanos, ese tiempo se acerca. La tierra se tambaleará como un borracho, y será removida como una cabaña, y las montañas saltarán y se precipitarán en el océano. Eso va a suceder, y habrá algunas personas en ese momento que se sentirán perfectamente tranquilas y confiadas; pero no estarán compuestas por hombres y mujeres que nunca aprendieron a decir que *todas las cosas obran para bien para los que aman a Dios, para los que son llamados conforme a su propósito*. El hombre que duda de Dios ahora, dudará de él entonces. «*El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente*».

El que no escatimó a su propio Hijo, antes lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él libremente todas las cosas? Esa promesa lo incluye todo. «*Así que, nadie se gloríe en los hombres; porque todo es vuestro: sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir; todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios*» (1 Corintios 3:21-23). Esto no es en el futuro. Todas las cosas son vuestras, en el presente.

Todo es nuestro, y por lo tanto podemos decir con el salmista: «*Las cuerdas me han caído en lugares deleitosos, y es hermosa la heredad que me ha tocado*».

Sí, lo tenemos todo; somos hijos del Rey, del Altísimo. ¿Qué importa si la gente no nos posee? Dios nos posee, y él nos conoce; y por lo tanto, si los

hombres nos llenan de reproches y persecuciones, lo único que podemos hacer es compadecerlos y trabajar por ellos, porque no conocen las riquezas de la herencia.

«¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica». Bueno, hay uno que lo hará con seguridad. Tenemos su nombre, Satanás. Aquí hay un testimonio sobre él: «Y oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche» (Apocalipsis 11:10). Sí, Satanás es el acusador de los hermanos; lo ha hecho día y noche, y todavía lo está haciendo, —poniendo todo lo que puede a cargo de los escogidos de Dios. Pero él es lanzado fuera, y ahora ha venido la salvación y el poder, y el reino de Dios, y el poder de su Cristo. Cristo tiene todo el poder; ¡qué bueno es eso!

Pero dice un alma pobre, desanimada y desesperanzada: «¡Creo todo eso, he confesado mis pecados, y creo que Dios es fiel y justo para perdonarlos y limpiarme de toda injusticia; pero estos pecados siguen apareciendo ante mí todo el tiempo!» ¿Está seguro de que es Satanás quien los trae a colación? Ese es un punto importante, porque si está seguro de eso, y ellos realmente aparecen, usted debería ser una de las criaturas más felices vivas.

¿Por qué trae Satanás estas cosas a colación? Porque él es el acusador de los hermanos, y es un falso acusador, es *mentiroso y padre de mentira*, y por lo tanto, si Satanás saca a relucir estos pecados y lo acusa, entonces usted sabe que están perdonados, porque nunca los habría sacado a relucir si no hubieran sido perdonados. Él no podría decir la verdad si lo intentara, y a menos que hubieran sido perdonados, nunca los sacaría a relucir, nunca en el mundo, porque tendría miedo de que usted los confesara, y serían perdonados.

Bueno, otra pregunta: «No sé; quizás no sea Satanás; debe ser Dios». No; «Dios es el que justifica». Si Dios justifica, no puede condenar. ¿Quién tiene derecho a condenar sino Dios? —Nadie—, solo Dios es juez. Entonces no hay otra alma que tenga derecho a condenar, excepto Dios. Él nos muestra nuestros

pecados, y los confesamos, y nos entregamos a él, y él nos justifica, y en él no hay variación ni sombra de cambio; por lo tanto, cuando él justifica, ¿quién hay en el universo que pueda condenar? ¿Quién lo hará? —Satanás; pero ¿qué tenemos que ver con él? Si solo diéramos más crédito a la verdad de Dios y menos a las mentiras de Satanás, sería mejor para nosotros.

«¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros». ¿Quién va a condenarnos entonces, ya que Dios justifica, y Cristo murió y resucitó como prenda de esa justificación? Cristo murió y resucitó, y está aun ahora a la diestra de Dios para interceder por nosotros. ¿No ve que no queda ni una posible escapatoria para el desánimo del cristiano?

Hay un momento en que Dios trae los pecados ante nosotros, pero es cuando no han sido confesados. Esa es la única vez. Pero es *el Consolador el que convence de pecado*; así que él nos consuela en todo lugar, y en el acto mismo de recordarnos las faltas que hemos cometido. Entonces, cuando Dios me hace notar pecados que no he confesado, le daré gracias por el consuelo, y cuando Satanás los traiga a colación de nuevo, alabaré a Dios de nuevo, porque si no fueran perdonados, Satanás nunca los traería a colación, pero si han sido confesados, han sido perdonados.

En Cristo se han encontrado la misericordia y la verdad. La misma mano que sostiene la ley, sostiene también el perdón. Hermanos, recordad esto, que cuando la ley fue pronunciada desde el Sinaí en tonos de trueno, estaba en la mano de un mediador, nuestro Señor Jesucristo. Entonces, la misma mano que sostiene la justicia, y que convence de pecado, sostiene también el perdón. Gracias sean dadas a Dios que siempre nos hace triunfar en Cristo.

«¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de

aquel que nos amó». Esa idea de «*mucho más*» que es tan prominente en el capítulo cinco, se encuentra de nuevo en estos versículos.

A menudo escuchamos la expresión: «Si tan solo puedo entrar por las puertas del cielo, estaré satisfecho». Estoy tan agradecido de que no tengamos que simplemente entrar, como si quisiéramos disculparnos por nuestra presencia una vez que estuviéramos allí. ¿Por qué no? —Porque él ha prometido que «*os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo*».

«Tenemos enemigos con los que lidiar», dice uno. No hable de ellos, ni de sus pruebas y tentaciones, sino hable del poder de Cristo. Todo poder le ha sido dado a él. Así que cuando luchemos, recordaremos que no es una batalla igualada, sino que *luchamos la buena batalla de la fe*, y el poder nos es dado para que podamos ser más que vencedores por medio de aquel que nos amó y se dio a sí mismo por nosotros. *Donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia*.

¿Quiénes son los vencedores? Son aquellos que han obtenido la victoria. «*Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes*». No es contra carne y sangre que estamos luchando, por lo tanto, la carne y la sangre no tienen importancia en la defensa. Entonces, ¿cómo nos encontramos con el enemigo? «*Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna*».

Aquí entra de nuevo esa cuestión de la vida. «*Echa mano de la vida eterna*». El único poder que puede resistir el mal es el poder de una vida interminable, y el que tiene al Hijo tiene esa vida. Debemos *pelear la buena batalla de la fe*. ¿Qué es la fe? Confiar en otro. Si peleo con mis puños, yo soy el que lucha. Si peleo la batalla de la fe, alguien más está luchando por mí, y yo estoy obteniendo el beneficio. *Somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó*. Gracias sean dadas a Dios que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo.

Bueno, ¿cómo es esto? Cristo ha luchado, ¿no es así? Sí, ha luchado mano a mano con Satanás aquí en la tierra. Él conquistó a Satanás y a toda su hueste, y

derribó todo poder y dominio, porque fue puesto por encima de todo *«principado y poder y potencia»*. Noten, esas son las mismas cosas con las que luchamos. ¿Cuán grande fue la victoria de Cristo sobre ellas? «Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz» (Colosenses 2:15). Así que Cristo se encontró con estos mismos enemigos con los que tenemos que luchar, y triunfó sobre ellos y los despojó. Él ha obtenido la victoria sobre ellos. ¿Cuál es el resultado? ¿Cuál debe ser siempre el resultado cuando se ha librado una batalla, y un lado ha conquistado completamente al otro? —Paz. Satanás no se rendiría, así que el Salvador conquistó la paz.

«Él es nuestra paz». «La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo» (Juan 14:27). Como él nos ha dado su paz, y la paz sigue a la victoria, así la victoria ya ha sido obtenida. Y si tenemos a Cristo, esa victoria ya es nuestra. Simplemente nos aferramos a la vida eterna de Cristo, y eso se hace aferrándonos a su palabra, que es espíritu y vida. Así traemos a Cristo a nuestros corazones, y así tenemos a Cristo, y la victoria que él ganó para nosotros.

El gran problema con nosotros es que a veces tenemos miedo de que Cristo obtenga la victoria. ¿Por qué? Tenemos algún pecado querido al que no queremos renunciar, estamos dispuestos a que todo lo demás se vaya, pero no eso, y así tenemos miedo de que Cristo obtenga la victoria, y que ese pecado tenga que ser abandonado. ¡Solo piensen en ello! Llamamos a Cristo para que nos ayude a derrotar a nuestro enemigo, y cuando él viene, nos encuentra del lado del enemigo. Pero si renunciamos a todas estas cosas, Cristo nos dará algo infinitamente mejor. Cuando decidimos por la palabra de Dios que todo lo que Dios tiene para darnos está en Cristo, que él es la plenitud de aquel que lo llena todo en todo, nos daremos cuenta de que las escasas cosas de esta tierra no merecen ser tenidas, comparadas con lo que se nos va a dar.

En 1 Juan 4:2-4 tenemos referencia a los espíritus malignos con los que tenemos que luchar, y esta seguridad se da a los hijos de Dios: «Vosotros, hijitos, sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el

que está en el mundo» (1 Juan 4:4). Así que con Eliseo sabemos que *los que están con nosotros son más que los que están contra nosotros*. «Y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe» (RV 1 Juan 5:5).

¿Creemos que Cristo ha conquistado todo, y que cuando lo tenemos a él, lo tenemos todo, y que no hay poder de las tinieblas que pueda hacernos daño?

Cuando esto ha sido hecho, somos *crucificados con él*. Nuestras propias vidas han sido entregadas a Cristo, pero aún vivimos. Entonces debe ser alguna otra vida la que vivimos, y esa vida es la vida de Cristo. Esa es la vida en la que nos gloriamos. Cristo es nuestra vida, y él tiene la victoria, y por lo tanto nosotros la tenemos. «Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo» (Efesios 6:11).

¿Qué es vestirse de toda la armadura? —Estar completos en Cristo, eso es lo que queremos decir.

Él es la verdad, *Jehová, justicia nuestra*. Calzados con la paz, él es nuestra paz. Es Cristo en todo. Luego, toma la espada en tu mano, y es la palabra de Dios, y Cristo es la palabra eterna.

«*Y vosotros estáis completos en él*». Habiéndonos vestido de toda la armadura que es Cristo, estamos completos en él. «*Vestíos del Señor Jesucristo*». Él es la armadura, y la armadura es él. Así es que en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó y dio su vida por nosotros. No hay nada que pueda quitarnos la armadura. «*Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro*».